

Revisado en octubre de 2013 - para la conferencia de Philip Edgcumbe Hughes, Chapel of the Cross, Dallas, Texas.

La arquitectura espiritual del culto de la Iglesia: La Lógica de la Cena del Señor en el Libro de Oración Común de Cranmer

Por Gavin Dunbar, Rector de la Iglesia de San Juan en Savannah.

Es un honor que se me haya pedido dar esta conferencia en memoria del Dr. Philip Edgcumbe Hughes, una de las principales voces del anglicanismo clásico de finales del siglo XX. Le oí hablar más de una vez a finales de los años 80, cuando era una de las luminarias de las Conferencias Teológicas Atlánticas anuales en Halifax, Charlottetown y Fredericton. Allí contribuyó a dar forma a una renovada apreciación y comprensión de la doctrina y el culto, la fe y el orden anglicanos, tanto reformados como católicos. Sus magníficos comentarios sobre la Epístola a los Hebreos y la Segunda Epístola a los Corintios no sólo adornan mis estantes, sino que son mi recurso frecuente para estudiar esos textos.

La lógica de la Cena del Señor

La cuestión que quiero que abordemos es el "orden de la Cena del Señor o Santa Cena", tal como se encuentra principalmente en los Libros de Oración de 1552, 1559 y 1662, y especialmente su lógica o fundamento. Entre los liturgistas modernos esta lógica se ha encontrado deficiente. Sin embargo, en mi opinión, las críticas que se hacen a los Libros de Oración de 1552-1662 rara vez proceden de una consideración cuidadosa de su racionalidad y lógica; y espero que este artículo pueda contribuir a una mejor comprensión de la misma. Existe, en efecto, una "arquitectura espiritual" en el culto de la Iglesia, que espero demostrarles en breve.

Tríada

Para ello, empiezo con la observación de otro anglicano evangélico conservador que simpatiza con el Libro de Oración y los Artículos, J. I. Packer, de que el componente básico de gran parte de la liturgia del Libro de Oración es una tríada que él denomina "pecado, gracia, fe", pero que quizá podría denominarse históricamente "culpa, gracia, gratitud", o "arrepentimiento, fe, caridad". De una forma u otra, esta tríada tiene su origen, tal vez, en la lectura de Lutero de la Epístola a los Romanos, tal y como se recoge en los Loci Communes de Felipe Melanchthon de 1521. A mediados del siglo XVI, era un lugar común de la ortodoxia protestante¹,

¹ Al comentar la tríada estructural similar de "culpa, gracia y gratitud" en el Catecismo de Heidelberg de 1562, Lyle D. Bierma la sitúa en la lectura que hizo Lutero de la Epístola a los Romanos, por mediación del propio tratado de Melanchthon, los Loci Communes Theologici de 1521, para el que proporcionó la estructura

y es, como cabría esperar, la lógica del Evangelio. Sólo en la fe nos aferramos a la gracia de Dios proclamada en el evangelio de Jesucristo; y sin embargo, esta fe no es la única; porque está necesariamente precedida por el arrepentimiento del pecado, y es naturalmente seguida por las buenas obras (de esperanza, y toda virtud, pero especialmente las de amor), hechas en obediencia a los mandamientos, que son los frutos de una fe viva, y que testifican la gratitud por esta gracia.

Cranmer empleó discerniblemente esta tríada en su reforma de los ritos y ceremonias tradicionales de la Iglesia. Así lo encontramos, por ejemplo, en la estructura de la oración matutina y vespertina. El servicio comienza con el arrepentimiento, en la confesión del pecado. Luego precede al ejercicio de la fe, en la proclamación de la Palabra de Dios escrita, en la lectura de salmos, lecciones y cánticos. Después del credo, se procede a la buena obra de la oración, el ejercicio no sólo de la fe, sino también de la esperanza y la caridad.

Ahora, en la Cena del Señor, encontramos la misma estructura triádica, pero repetida más de una vez. La primera de ellas aparece en la Ante-Comunión. En los Diez Mandamientos se nos mueve al arrepentimiento. En la Epístola, el Evangelio, el Credo y el Sermón, se nos mueve a la fe. En el Ofertorio y en la Oración por la Iglesia, se nos mueve a las buenas obras, al ofrecimiento de limosnas, a las oblaciones y a la oración de intercesión.

Después de las Exhortaciones, comienza un segundo ciclo. En la Confesión se nos mueve al arrepentimiento; en la Absolución y las Palabras Confortables a la fe; y en el Sursum Corda, el Prefacio y el Sanctus, a la buena obra de la alabanza agradecida.

Aquí, en el orden de 1552/1662, comienza un tercer ciclo. En los Libros de Oración Americanos desde 1789 hemos reorganizado un poco el rito; pero en 1552/1662 el ciclo comienza de nuevo inmediatamente después del Sanctus con la Oración de Humilde Acceso, como ejercicio de arrepentimiento. Le sigue, con el ejercicio de la fe, lo que es la primera mitad de nuestra actual Oración de consagración, y la entrega de los elementos a los comulgantes. Concluye después de la comunión con el ejercicio de la ofrenda agradecida, en el Padre Nuestro, una de las dos oraciones después de la Comunión, y el Gloria in excelsis. Una bendición para despedir a la congregación pone fin al servicio.

general. Señala, sin embargo, que "A mediados del siglo XVI, la tríada ley-evangelio-buenas obras o pecado-fe-amor se había convertido en una parte tan común de la teología protestante que la triple división del [Catecismo de Heidelberg] no puede ser rastreada con ninguna certeza a una fuente particular de autor". (Lyle D. Bierma et al: An introduction to the Heidelberg Catechism: sources, history, and theology, 2005, p. 86). En la liturgia del Libro de Oración, aparece una tríada similar (en el Catecismo de 1549 y en el rito bautismal de 1662) en el triple voto bautismal, de renunciar, creer y obedecer.

Espiral

Esta estructura triádica es bastante fácil de discernir. La cuestión es su sentido y significado. ¿Qué se consigue exactamente al recorrer este orden tres veces? Habiendo comenzado con un anglicano evangélico conservador, ahora me referiré a un anglicano católico liberal que, en algunos aspectos, simpatiza con los reformadores ingleses, Rowan Williams². Observa que Cranmer no expone sus ideas de forma lineal (como la que se encuentra a menudo en las liturgias recientes), sino que le agrada retomar temas ya tratados. El resultado, como señala Williams, no es una mera repetición, sino una especie de espiral (no desconocida en otra literatura, como el Evangelio de Juan). A medida que se avanza en el rito, se retoman las mismas ideas o ideas similares, pero desde un ángulo diferente, en un contexto distinto, recapitulando lo que ya se ha dicho, pero también revelando algo nuevo. El efecto de este movimiento cíclico en espiral sobre el devoto es profundo. Cada vuelta a la idea la refuerza, al tiempo que permite ampliarla y profundizarla.

Ascenso

¿Adónde conduce esta espiral? A la tríada observada por Packer y a la espiral observada por Williams, nos dirigimos al principal arquitecto del Libro de Oración, Thomas Cranmer para el tercer elemento, que es el de la ascensión a los lugares celestiales. En su defensa de su doctrina eucarística ante los inquisidores de María, declaró que "siendo como águilas en esta vida, debemos volar al cielo en nuestros corazones, donde reside ese Cordero a la derecha de su Padre, que quita los pecados del mundo; por cuyas heridas somos sanados; por cuya pasión somos saciados en su mesa; y por cuya sangre que recibimos de su santo costado, vivimos para siempre...³". El fin de la ascensión en espiral es la participación en el sacrificio único de Cristo y la comunión con la Santísima y Bendita Trinidad; y a medida que avanzamos en la liturgia ascendemos de lo terrenal a lo celestial, de lo visible a lo invisible, de nosotros mismos en nuestra propia falta de verdadera comunión con Dios y con ese sacrificio en el que se supera nuestra alienación y se asegura nuestra comunión en santidad con el Dios trino. El ascenso en espiral del águila en el arrepentimiento, la fe y el amor, tiene un fin que no tiene fin, en la glorificación y el disfrute del Dios trino.

Una imagen útil, mientras exploramos la Cena del Señor con cierto detalle, es la de un edificio eclesiástico anglicano tradicional, de un tipo todavía común y conocido,

² En su sermón en el 450 aniversario del martirio de Cranmer, el martes 21 de marzo de 2006, pronunciado por invitación de la Prayer Book Society, en St Mary the Virgin, Oxford. El texto completo se encuentra en: <http://www.archbishopofcanterbury.org/353>

³ De las "Disputas en Oxford" en Writings and Disputations of Thomas Cranmer... relative to the Lord Supper, editado para la Parker Society por el Rev. John Edmund Cox, M. A. ... [The Works of Thomas Cranmer. Volume 1] 1844, p. 398.

ya sea medieval en sí mismo, como en tantas iglesias parroquiales inglesas, o moldeado por ese legado medieval aquí en los edificios eclesiásticos de los siglos XIX y XX. Hay un campanario o torre, con un pórtico debajo. A través de la puerta oeste entramos en un gran espacio, la nave, reservado a la congregación. Un escalón o barrera de algún tipo conduce a un presbiterio estructuralmente distinto. La parte más cercana del presbiterio está ocupada por la silletería y se llama coro; la parte más lejana, más cercana al altar o a la mesa del Señor, se llama santuario. El edificio atrae nuestra atención, y dirige nuestro movimiento en etapas hacia el altar en el extremo este, y hay un movimiento similar en etapas en la Cena del Señor de Cranmer.

El pórtico: Oraciones preparatorias

El campanario dirige nuestras mentes de la tierra al cielo; el pórtico que se encuentra debajo nos permite recoger nuestros pensamientos antes de entrar, y esto es lo que encontramos en las oraciones de apertura de la preparación, el Padre Nuestro y la Colecta por la Pureza. Una de las características de la liturgia de Cranmer es que le gusta comenzar con el Padre Nuestro. De este modo, señala que el culto de la Iglesia no parte de sí mismo, sino de Cristo y de sus enseñanzas. Sólo a través de Cristo tenemos acceso al Padre en la oración, y es en obediencia a su enseñanza que aprendemos a orar. Al hacerlo, hacemos nuestras las prioridades del Hijo, es decir, la gloria y la bondad del Padre. Así como el Hijo está orientado enteramente en su corazón y en su mente al Padre, así deben estarlo también sus discípulos, en la devoción a su gloria y en la dependencia de su gracia.

Al Padre Nuestro le sigue otro texto antiguo, la Colecta por la pureza, una especie de epiclesis o invocación al Espíritu "para que limpie los pensamientos de nuestro corazón... para que te amemos perfectamente y magnifiquemos dignamente tu santo nombre". Si la Palabra de Dios en el Padrenuestro establece la santificación del Nombre del Padre como fin principal del culto, en la Colecta por la Pureza buscamos la gracia purificadora del Espíritu como medio principal para "amar" y "magnificar" el nombre de Dios según su Palabra⁴.

Estas oraciones preparatorias nos presentan la naturaleza esencial del culto, su fin y sus medios. El culto a Dios no es el medio para conseguir otro fin, sino el fin en sí mismo. Como dice el Catecismo de Westminster, "el fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre", y cualquier otro fin es bueno sólo en la medida en que sirva a este fin principal. La orientación principal de la comunidad en el culto es hacia Dios. Las oraciones preparatorias también indican

⁴ La pureza de corazón, como la definió Kierkegaard, "es querer una sola cosa": el único bien puro y perfecto, que es Dios. El lenguaje intelectualista de los "pensamientos" en esta antigua recopilación es bíblico, por supuesto (Génesis 6:5; Lucas 2:35, Hebreos 4:12), pero también un legado de los Padres del Desierto transmitido por los escritos de Evagrio y Casiano sobre los "pensamientos" (logismoi) del corazón.

los medios por los que se alcanza este fin, a saber, la Palabra y el Espíritu de Dios. Sólo si partimos de Dios, en su Palabra y en su Espíritu, podemos llegar a él. El culto de la Iglesia es, pues, una obra divina: es el Dios Trino deleitándose en sí mismo, y amándose a sí mismo, a través de la Iglesia⁵. Todo en el culto está subordinado a este movimiento del espíritu, de la mente y de la voluntad, a través de Dios hacia Dios. La "forma de la liturgia" que rige no es una acción externa, sino la lógica espiritual de la comunión, las condiciones de la participación humana en la vida divina.

La nave - la ante-comunión

Del pórtico pasamos a la nave; y de las oraciones preparatorias pasamos a la Ante-Comunión: la primera de las tres tríadas de arrepentimiento, fe y obras, en la primera gran división de la Cena del Señor. Va desde los Diez Mandamientos hasta la Oración por la Iglesia. En aras del tiempo, mi tratamiento de este primer ciclo será resumido. Lo que es fundamental captar es que el énfasis de este primer ciclo está en la actividad de la Palabra y el Espíritu en la comunidad exterior y visible de la Iglesia que es, como se decía antes, "militante aquí en la tierra". Esta comunidad se centra en la predicación de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios aparece, en primer lugar, en el ensayo de la Ley moral que establece las exigencias de la comunidad con Dios y con el prójimo, cuyo ensayo pone al descubierto nuestras carencias en este sentido, lo que nos mueve al arrepentimiento. La Palabra de Dios aparece, en segundo lugar, en el Evangelio, que expone la obra redentora y reconciliadora de Cristo, que nos mueve a la fe. La Palabra de Dios aparece, en tercer lugar, en los mandatos específicos de la Escritura que nos mueven al servicio amoroso del prójimo en el ofrecimiento obediente de limosnas, oblaciones y oraciones por la Iglesia, y luego en la propia Oración.

Es en esta oración por todo el estado de la Iglesia militante de Cristo aquí en la tierra donde se da plena expresión al énfasis en la comunidad exterior y visible de la Iglesia centrada en la predicación de la Palabra. En cierto modo, esta oración es una declaración de la misión de la Iglesia y la sociedad cristianas. Comienza con una noble petición por la "verdad, la unidad y la concordia" de la Iglesia católica: para que "todos los que confiesen tu santo Nombre estén de acuerdo en la verdad de tu santa Palabra, y vivan en la unidad y el amor piadoso". La unidad primaria de la Iglesia es una unidad espiritual, está constituida por la verdad y la caridad.

Después de la doctrina de la unidad espiritual de la Iglesia católica presentada en el primer párrafo de la Oración por la Iglesia, los párrafos intermedios abordan las estructuras institucionales a través de las cuales se realiza esta unidad: en el llamado del príncipe y magistrado cristiano a "administrar la justicia... para el mantenimiento de tu verdadera religión y virtud⁶", en el ministerio del pastor

⁵ un tema al que el servicio vuelve en la bendición que lo concluye.

⁶ que corresponde a la práctica de la Ley.

cristiano, para exponer "tu palabra verdadera y viva" y "administrar correcta y debidamente tus santos Sacramentos"⁷; y en el ministerio del pueblo, que "con corazón manso y con la debida reverencia [escuche y reciba tu santa palabra, sirviéndote verdaderamente en santidad y justicia todos los días de su vida]"⁸. Una sociedad cuya alienación de Dios y del prójimo ha sido expuesta por la Ley es movida por la predicación del Evangelio y la fe que suscita a trabajar y buscar con esperanza ser una verdadera comunidad espiritual visible en las estructuras ordenadas de la iglesia y la sociedad cristianas. Al final de la Ante-comunión hay una cierta plenitud; y de hecho las rúbricas permiten que el servicio se concluya en este punto, si no hay comulgantes. Sin embargo, la esperanza expresada con tanta amplitud en la Oración por la Iglesia busca un terreno más allá de sí misma, y así pasamos de la nave al presbiterio, o mejor dicho, a la parte más cercana del presbiterio, que es el coro⁹.

El Coro - la iglesia invisible

Para pasar a la siguiente etapa de nuestra ascensión, la liturgia ofrece las Exhortaciones, discursos homiléticos que incitan a los fieles a presentarse para recibir el Sacramento, y a hacerlo tras la debida preparación. Introducen el segundo ciclo, que va desde la Confesión hasta el Sanctus. En este segundo ciclo -que corresponde, como he dicho, al coro- nuestra atención se dirige hacia dentro y hacia arriba, de la iglesia visible a la invisible, de lo terrenal a lo celestial.

Este giro hacia el interior y hacia arriba se interpreta a veces como un alejamiento de las justas reclamaciones del prójimo sobre nuestro amor hacia una autopreocupación morbosa y culpable. En las nuevas liturgias de finales del siglo XX, la inserción del intercambio de la paz y el ofertorio después de la confesión y la absolución puede leerse como un intento bastante brutal de corregir esta deficiencia percibida. Creo que es una lectura completamente errónea del giro interior del Libro de Oración¹⁰. Las exhortaciones que introducen esta sección dejan claro que el ejercicio del arrepentimiento requiere la reconciliación con el prójimo, "estando dispuestos a restituir y satisfacer, según el máximo de vuestras fuerzas, todas las injurias y agravios que hayáis hecho a cualquier otro". Debemos estar "en amor y caridad con el prójimo".

⁷ que corresponde a la predicación del Evangelio.

⁸ que, junto con las oraciones por los necesitados, corresponde al ofrecimiento de limosnas y oblaciones.

⁹ Aldershaw y otros aportan pruebas de que los comulgantes se desplazaban de hecho de la nave al coro, quizás en este momento de la liturgia, y se arrodillaban alrededor de la Santa Mesa (en la disposición prelaudiana de los coros) o ante ella (después de Laud), y este desplazamiento al coro mucho antes de la entrega de la comunión persistió hasta bien entrado el siglo XIX.

¹⁰ Si hay que intercambiar la paz, que sea antes del servicio, o al final del mismo (cuando se ha declarado la Paz, y se acostumbra el intercambio de saludos), o si debe ser dentro del servicio, tal vez después de la Oración por la Iglesia (en la que se ha rezado por la unidad, la paz y la concordia) y antes de las Exhortaciones/Invitación.

Por tanto, la vuelta hacia dentro no es un alejamiento del prójimo, sino una confrontación del grave desorden del alma que está en la raíz de nuestro alejamiento del prójimo, es decir, nuestro alejamiento de Dios, y nuestras ofensas a su divina Majestad. En esta confrontación reconocemos la inmensidad de nuestra necesidad, nuestra total dependencia de la misericordia divina, si queremos ser perdonados y complacerle en una vida nueva, "para honor y gloria de tu Nombre" - un pequeño recordatorio de que incluso aquí, o más bien precisamente aquí, Cranmer no nos permite perder de vista nuestro objetivo final. La confesión del pecado elimina todo apoyo para nuestra autojustificación, complacencia y orgullo, para que podamos aferrarnos por la fe a la misericordia de Dios y a la promesa de perdón a los que se arrepienten, pronunciada en la Absolución, y por su misericordia llegar a glorificar su Nombre en las alabanzas del prefacio y el sanctus.

En las Palabras Confortables vemos el fundamento y la base misma del desprendimiento que la Absolución declara con autoridad: la autoridad de "Cristo Jesús", que es la autoridad de la misericordia y el amor de Dios. El que "vino al mundo para salvar a los pecadores"; "Jesucristo el justo", está ahora en los lugares celestiales como nuestro "abogado ante el Padre", y la "propiciación por nuestros pecados". Los principales momentos de la salida del Hijo y de su regreso al Padre, indicados en las Palabras Confortables, se detallan específicamente en los "prefacios propios", acciones de gracias especiales para las principales fiestas del Evangelio, al acercarnos ahora más al misterio de nuestra redención, tramitado en la Cruz. Estas acciones de gracias especiales sitúan la cruz en el marco de la encarnación y de la natividad, de la resurrección, de la exaltación, de la concesión del Espíritu, de la ascensión y del retorno del Hijo y del Espíritu del Padre, de las personas de la Trinidad.

Nos sentimos movidos a la acción de gracias, porque en la Absolución y en las Palabras Confortables hemos sido liberados de la carga "intolerable", la carga "demasiado pesada para mí". Así, liberados, nos elevamos hacia el cielo, elevando nuestros corazones en las buenas obras del amor agradecido y la alabanza al Dios santísimo. Como los cantantes del coro, participamos en esta buena obra de gratitud "con los ángeles y los arcángeles, y con toda la compañía del cielo"¹¹. Así pues, hemos pasado de considerar a la Iglesia en su aspecto exterior, visible y terrenal, ordenada por la Ley, el Evangelio y las estructuras organizativas del príncipe y el pastor, a la Iglesia en su aspecto invisible y celestial, como sociedad de pecadores justificados y considerados justos por la fe en Cristo, y en ese sentido, por tanto, ya en la comunidad celestial (Efesios 2:6; Colosenses 3:1-3; 1 Juan 3:1-3). Porque la

¹¹ En el platonismo del cristianismo antiguo, el desarrollo del tema de la adoración angélica en el Prefacio refleja presumiblemente una comprensión del ascenso de la fe desde las cosas corpóreas a las incorpóreas e inteligibles, en su camino hacia el Bien supremo. Es sorprendente que esta perspectiva no sea abandonada por los reformadores protestantes como Cranmer y Calvino, que se referirán al culto como la entrada en la presencia de Dios y de los santos ángeles (por ejemplo, INSTITUCIÓN III.IV.11: "en toda asamblea sagrada estamos ante la vista de nuestro Dios y de los ángeles").

Iglesia es una comunidad visible e invisible, que ya está en el cielo, pero también en la tierra; simul justus et peccator, perfectamente justificada, pero todavía en proceso de santificación, nuestra salvación totalmente realizada para nosotros y todavía por realizar en nosotros.

El santuario: el sacrificio de Cristo

Así completamos la segunda etapa de nuestra ascensión a la comunión con el Dios trino. Como hemos ascendido a través de la iglesia visible a la invisible, de la tierra al cielo, de la nave al coro. Ahora nos movemos "más arriba y más adentro", a la parte del coro junto a la mesa o altar del Señor, que se llama el Santuario. Ahora ascendemos hasta el mismo suelo de esta comunidad celestial e invisible de pecadores perdonados, en el sacrificio de Cristo.

Este ciclo comienza justo después del Sanctus con la Oración de acceso humilde. (En el Libro de Oración de 1928, como en otras revisiones del siglo XX, se ha trasladado a un lugar más cercano a la entrega de los elementos¹²). El acento dominante, señalado por dos cláusulas, es la penitencia: "no presumimos", "no somos dignos". Pero la tercera frase nos lleva al segundo momento de la fe: "Pero tú eres el mismo Señor, cuya propiedad es tener siempre misericordia". Y la fe nos hace atrevernos a esperar y orar: "para comer la carne de tu amado Hijo Jesucristo y beber su sangre, para que nuestros cuerpos pecadores queden limpios por su cuerpo, y nuestras almas lavadas por su preciosísima sangre, y para que habitemos en él y él en nosotros". Hemos sido llamados e invitados a la Mesa del Señor, al banquete de la reconciliación y de la comunión en su Reino, y para la comida y la bebida miramos a Cristo mismo. "Siendo como las águilas en esta vida, nosotros... volamos al cielo en nuestros corazones, donde reside ese Cordero a la derecha de su Padre, que quita los pecados del mundo; por cuyas heridas hemos sido sanados; por cuya pasión hemos sido saciados en su mesa; y cuya sangre que recibimos de su santo costado, vivimos para siempre...".

[Digresión

La habitual mutilación de la Oración de Humilde Acceso en los ritos de finales del siglo XX parece seguir una nota a pie de página de Dix (The Shape of the Liturgy, 1945, pp 611 n1), en la que señala el mismo tema en Tomás de Aquino, y lo descarta como una "especulación medieval". Sin embargo, en ese pasaje de la Summa (III. Q. 74. Art 1) Tomás estaba citando el comentario de un exégeta del siglo IV (a quien Tomás conocía como Ambrosio, pero que ha sido conocido desde Erasmo con el nombre de Ambrosiaster) sobre un pasaje del Levítico: "Como dice Ambrosio sobre

¹² Su sustitución a su lugar en 1789 y 1892 sería muy deseada. El modelo entonces sería: Oración de acceso humilde (arrepentimiento); Oración de consagración y Padrenuestro (fe y caridad); Agnus Dei (arrepentimiento); Entrega de los elementos (fe); oraciones de poscomunión (caridad). En efecto, se introduciría un cuarto ciclo, pero se mantendría el orden triádico.

1 Cor. XI.20, este sacramento sirve para la defensa del alma y del cuerpo; y por eso el cuerpo de Cristo se ofrece bajo la especie del pan para la salud del cuerpo, y la sangre bajo la especie del vino para la salud del alma, según el Levítico XVII.14: La vida de toda carne está en la sangre". La "especulación medieval" resulta ser tanto patrística como bíblica. Cranmer es aquí un transmisor más auténtico de la fe y el culto de la Iglesia primitiva que sus críticos del siglo XX. Y ya es hora de revertir esta mutilación].

Sacrificio

La palabra "Mesa" nos ha alertado sobre el banquete al que nos acercamos: el lenguaje vívido de comer el cuerpo y beber la sangre de Cristo indica que nos acercamos a un banquete sacrificial, la fiesta que sigue a la ofrenda, y en la que la víctima ofrecida es consumida por los adoradores, que reciben así los beneficios del sacrificio.

El rito de Cranmer es a veces criticado -o tímidamente defendido- por su concentración en el motivo del sacrificio, y los ritos eucarísticos modernos se jactan de la "riqueza" de los temas e imágenes que emplean. Sin embargo, el énfasis de Cranmer en el sacrificio (para el que existen amplios precedentes en el Canon Romano, los padres latinos y Atanasio) no es arbitrario. Se puede hablar de la expiación como una victoria sobre los poderes del mal; pero eso describe la relación de Dios y Satanás; o como un modelo de humildad, paciencia, caridad y otras virtudes: pero eso describe la relación de Cristo con los hombres. Es el sacrificio -la ofrenda del Hijo encarnado al Padre- lo que concierne a la relación del hombre con Dios, y da cuenta de la comunión y el compañerismo del hombre con Dios. Los motivos de la victoria y el ejemplo moral se expresan en otras partes del Libro de Oración¹³: lo que importa aquí es el sacrificio, porque lo que se busca es la comunión con Dios, y es el sacrificio, y sólo el sacrificio, lo que nos une en comunión con Dios. Como decía Agustín, "el verdadero sacrificio se realiza en toda obra que tiene por objeto unirnos a Dios en una santa comunión, es decir, todo acto que se dirige a ese Bien final que hace posible nuestra verdadera felicidad¹⁴".

Así, en el segundo momento del ciclo, nuestra fe se dirige a la misericordia de Dios, activa en el sacrificio voluntario de Cristo. Esta anamnesis o memoria de la misericordia del Padre, del sacrificio del Hijo y de su institución del Sacramento, conduce (en 1552/1662) a una oración para participar realmente en su Cuerpo y Sangre, y en todos los beneficios de su sacrificio, mediante la recepción fiel de los elementos. (En el American Prayer Book de 1789 esta "invocación" se trasladó a su posición actual, bizantina, de acuerdo con la liturgia episcopaliana escocesa). Sigue el relato de la Institución, que concluye con las propias palabras de mandato de

¹³ Así, por ejemplo, el tema de la victoria en la Colecta de Pascua; el ejemplo moral en la Colecta del Domingo de Ramos.

¹⁴ *The City of God*, X.6.

Cristo, "haced esto". Uno de los rasgos más distintivos del rito de 1552/1662 es que la entrega de los elementos sigue inmediatamente a las palabras de la institución. Nuestro "amén" es recibir los elementos con la fe que escucha, cree y obedece las palabras de Cristo: "Este es mi cuerpo..., Esta es mi sangre..., Haced esto, en memoria de mí". La forma de entrega combina una declaración del don del Cuerpo y la Sangre de Cristo, con la orden de comer y beber los elementos en recuerdo de su muerte, y de alimentarse de él en sus corazones por la fe con acción de gracias. El rito ha sido durante mucho tiempo objeto de debates dicotómicos sobre el modo de la presencia de Cristo, real o simbólica, objetiva o subjetiva: pero la doctrina del Libro de Oraciones trasciende esas polaridades. Se trata de que Cristo está realmente presente, con toda la fuerza espiritual y la eficacia de su sacrificio, pero sólo está presente por la fe.

La nota de gratitud que suena en la forma de entrega ("y dad gracias") conduce al tercer momento de la tríada, el de la propia ofrenda de la Iglesia en el sacrificio de alabanza y acción de gracias. Esto comienza, a la manera característica de Cranmer, con el Padre Nuestro, como la primera expresión de amor agradecido, de devoción y dependencia, de aquellos que son capaces de acercarse a Dios como Padre a través de la muerte del Hijo (Hebreos 10:19). A continuación, sigue una selección de oraciones, en el lenguaje complementario del sacrificio y la gratitud. En una oración ofrecemos "nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias", que implica la ofrenda de "nosotros mismos, nuestras almas y nuestros cuerpos, para que sean un sacrificio razonable, santo y vivo". En la otra, reconocemos más plenamente los beneficios que hemos recibido: la seguridad del favor de Dios hacia nosotros, de nuestra incorporación al cuerpo místico de Cristo y de nuestra herencia de su reino eterno. También pedimos la gracia de continuar en esta "santa comunión" y en las "buenas obras", que es el contenido de la ofrenda de nuestras vidas.

La forma del servicio distingue el sacrificio de Cristo y de su Iglesia: uno es un sacrificio propiciatorio por nosotros, el otro es un sacrificio eucarístico en él¹⁵. También los une: pues es en virtud del sacrificio de Cristo, como miembros "muy incorporados a su Cuerpo místico", que nos ofrecemos también nosotros. La Iglesia se ve envuelta, por su apropiación del sacrificio de Cristo, en su propio retorno al Padre.

Se ha dicho que las oraciones eucarísticas modernas son más plenamente trinitarias que el estrecho enfoque de Cranmer sobre Cristo y la cruz, a causa de su ensayo de la historia de la salvación en términos de la Trinidad "económica"¹⁶: la obra del Padre en la creación, la del Hijo en la redención y la del Espíritu Santo en

¹⁵ Ver Cranmer, *Works and Disputations*, (Parker Society, 1844) Vol. 1, p. 346.

¹⁶ La Trinidad "económica" es Dios en su triple actividad fuera de sí mismo en la creación, la redención y la santificación. Se distingue de la Trinidad "inmanente" (o "teológica"), que se refiere a la distinción de las tres personas dentro de la Divinidad.

la santificación. Pero si el enfoque de Cranmer es estrecho, también es más profundo: ha percibido que el sacrificio de Cristo y su Iglesia es el punto en el que la Trinidad económica, la obra de Dios en la creación y la salvación, se integra en la vida de la Trinidad "inmanente", la vida de Dios mismo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El memorial eucarístico del sacrificio de Cristo se administra precisamente para que los fieles, unidos en el Cuerpo místico de Cristo a la vuelta del Hijo al Padre en la perfecta obediencia de su amor, se vean envueltos en la vida misma de la Trinidad.

Por eso, la reubicación del Gloria in Excelsis desde su posición anterior a la Reforma (antes de la Colecta) es un golpe maestro de artesanía litúrgica. Esta posición no sólo es psicológicamente apropiada, como el punto de mayor alegría en el servicio, sino que también dramatiza el fin que hemos alcanzado en el sacrificio: tanto la gloria a Dios en las alturas, como su paz y buena voluntad a los hombres en la tierra. Todo el movimiento de la liturgia es un retorno a Dios, a través de la salida y el retorno de su Palabra y su Espíritu, a través de la predicación de la palabra y el ministerio del sacramento de la Iglesia, en la iglesia visible, en la iglesia invisible, en y por el sacrificio del Hijo encarnado. La Palabra y el Espíritu van y vuelven, y en su regreso nos llevan con ellos. Nada queda atrás: la tierra es arrebatada al cielo, y el hombre a Dios; y así el "corazón peregrino" ha alcanzado su fin. "Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que encuentre su descanso en ti¹⁷". El hombre alcanza su fin en Dios, por lo que la congregación puede despedirse con una declaración autorizada de la paz de Dios, por la que somos guardados "en el conocimiento y el amor de Dios". Es todo Dios, el conocimiento y el amor de Dios de la gloria de su propia bondad infinita a través de su Palabra y su Espíritu, por medio de su Iglesia, para que podamos descansar también en él, y conocer esa paz que sobrepasa todo entendimiento.

Misión

No hay duda de que la recuperación de la misión de la Iglesia es de vital importancia en nuestro tiempo. Sin embargo, mucho de lo que se habla sobre la misión de la Iglesia para hacer del mundo un lugar mejor a través de nuestro alcance y evangelización es francamente bastante pelagiano. Dios ha hecho su parte y ahora nosotros hacemos la nuestra. Esta dualidad se extiende por toda la liturgia, de modo que nunca queda muy claro si el culto a Dios es el fin o simplemente el medio para hacer del mundo un lugar mejor. En este último caso, el culto se convierte en una especie de campaña de ánimo, un ejercicio de concienciación, que debe ser juzgado por su relevancia para nuestros planes de mejora del mundo.

El Libro de Oración de 1662 no cae en esa trampa. Nuestro agradecimiento incluye una oración para pedir la gracia de "hacer todas las buenas obras que nos has preparado" - una alusión a Efesios 2:10. Lo que hacemos en el mundo, al servicio

¹⁷ San Agustín, *Confesiones* 1.1

de Dios y de nuestro prójimo, del Evangelio y de la Iglesia, es lo que Dios nos ha dado para hacer, y eso es tanto un don que hay que recibir como una exigencia de nuestra obediencia. Puede que queramos destacar el aspecto misionero de la Iglesia más de lo que Cranmer consideraba necesario en su época¹⁸, pero su obra proporciona el marco en el que ese énfasis misionero encuentra su lugar adecuado.

Nuestras buenas obras, incluidas las de la misión, la evangelización, la divulgación y el servicio, encuentran su lugar en el retorno del mundo a través del sacrificio de Cristo a su fin en el culto a Dios. La misión de la Iglesia no se encuentra en la conversión de la divinidad en carne, sino en la asunción de la virilidad en Dios. La relevancia de la Iglesia y de su liturgia es, en última instancia, su relevancia para Dios; y sólo será genuinamente útil para el mundo cuando remita todas las cosas a su fin en Dios.

No cabe duda de que el mundo necesita mucha salvación y renovación, pero es dudoso que la Iglesia pueda lograr mucho para ese fin si ella misma no está claramente orientada hacia Dios en el sacrificio de alabanza. El gran mérito del Libro de Oración de 1662 es que nos enseña tan claramente a hacerlo, si tan sólo aprendemos. Que aprendamos a ser como las águilas en esta vida, a "volar hacia el cielo en nuestros corazones, donde reside ese Cordero a la derecha de su Padre, que quita los pecados del mundo; por cuyas llagas hemos sido sanados; por cuya pasión hemos sido saciados en su mesa; y cuya sangre que recibimos de su santo costado, vivimos para siempre".

¹⁸ como, por ejemplo, la cláusula añadida en la Oración por la Iglesia de 1962: "prosperen, te rogamos, todos los que anuncian el evangelio de tu reino entre las naciones".

ANÁLISIS DE LA CENA DEL SEÑOR (1552, 1559,1662)

I. EL PÓRTICO: ORACIÓN PREPARATORIA - *La gloria de Dios nuestro fin, su Palabra y su Espíritu nuestro medio*

Oración del Señor
"Colecta por la pureza"

II. LA NAVE: ANTECOMUNIÓN - *la Iglesia visible y terrenal*

Arrepentimiento Decálogo y respuestas ("Señor, ten piedad de nosotros")

Colecta por el Rey
Colecta del día

Fe

Lección de la epístola
Lección del Evangelio
Credo de Nicea Sermón

Caridad

Sentencias y recogida de limosnas y ofrendas
Oración por "todo el estado de la Iglesia de Cristo militante aquí en la tierra"

III. EL CORO: PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN - *la Iglesia invisible y celestial*

En el escalón del coro: Tres Exhortaciones, Invitación

Arrepentimiento Confesión del pecado

Fe Absolución, Palabras de consuelo

Caridad Sursum Corda, Prefacio, Sanctus

IV. EL SANTUARIO: COMUNIÓN - *el sacrificio de Cristo y de su Iglesia*

Arrepentimiento "Oración de acceso humilde"

Fe "Oración de Consagración"

Entrega del sacramento (Comunión propiamente dicha)

Caridad Oración del Señor, una de las dos oraciones posteriores a la Comunión

Gloria in excelsis

V. DESPEDIDA DE LA CONGREGACIÓN

La declaración de la Paz y la Bendición de Dios.

ANÁLISIS DE LA CENA DEL SEÑOR (1928)

I, II, III - COMO 1662

IV EL SANTUARIO: LA COMUNIÓN - *el sacrificio de Cristo y de su Iglesia*

Fe y Caridad "Oración de Consagración"
Oración del Señor,

Arrepentimiento "Oración de acceso humilde"
Fe Entrega del sacramento (Comunión propiamente dicha)

Caridad Oraciones después de la comunión
Gloria in excelsis

V - COMO 1662

Después de cada uno de estos prefacios se cantará o dirá inmediatamente,

POR TANTO, con los ángeles y arcángeles, y con toda la compañía del cielo, alabamos y magnificamos tu glorioso Nombre; alabándote siempre, y diciéndote: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, el cielo y la tierra están llenos de tu gloria: Gloria a ti, Señor Altísimo. Amén.

Entonces el sacerdote, arrodillado ante la mesa del Señor, dirá en nombre de todos los que reciban la comunión esta oración que sigue.

Nosotros no nos atrevemos a venir a esta tu Mesa, Señor misericordioso, confiando en nuestra propia justicia, sino en tus múltiples y grandes misericordias. No somos dignos ni siquiera de recoger las migajas de tu mesa. Pero tú eres el mismo Señor, cuya propiedad es tener siempre misericordia: Concédenos, pues, Señor, comer la carne de tu amado Hijo Jesucristo y beber su sangre, para que nuestros cuerpos pecaminosos sean limpiados por su cuerpo y nuestras almas lavadas por su preciosísima sangre, y para que habitemos siempre en él y él en nosotros. Amén.

Cuando el Sacerdote, de pie ante la Mesa, haya ordenado el Pan y el Vino, para poder partir el Pan ante el pueblo con mayor facilidad y decencia, y tomar el Cáliz en sus manos, dirá la Oración de Consagración, como sigue.

Dios Todopoderoso, Padre celestial, que por tu tierna misericordia diste a tu único Hijo Jesucristo para que sufriera la muerte en la cruz por nuestra redención; que hiciste allí (por su única oblación de sí mismo una vez ofrecida) un sacrificio, oblación y satisfacción plena, perfecta y suficiente por los pecados de todo el mundo; y que instituyó, y en su santo Evangelio nos manda continuar, su recuerdo perpetuo de esa su preciosa muerte, hasta su segunda venida; escúchanos, oh Padre misericordioso, te lo suplicamos muy humildemente; y concédenos que recibiendo estas tus criaturas de pan y vino, según la santa institución de tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo, en memoria de su muerte y pasión, seamos partícipes de su muy bendito Cuerpo y Sangre: el cual, la misma noche que fue entregado, (a) tomó Pan; y, después de dar gracias, (b) lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, comed, (c) esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros: Haced esto en memoria mía. Asimismo, después de la cena, (d) tomó el Cáliz y, después de dar gracias, les dio, diciendo: Bebed todos de este, porque esto (e) es mi Sangre del Nuevo Testamento, que es derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados: Haced esto todas las veces que lo bebáis, en memoria mía.

(a) Aquí el Sacerdote debe tomar la Patena en sus manos: (b) Y aquí debe partir el Pan: (c) Y aquí debe poner su mano sobre todo el Pan. (d) Aquí debe tomar el Cáliz en su mano: (e) Y aquí debe poner su mano sobre todos los vasos (ya sea el Cáliz o la Vasija) en los que haya Vino para ser consagrado.

Entonces el Ministro recibirá primero la Comunión en ambas especies, y luego procederá a entregarla a los Obispos, Sacerdotes y Diáconos, de la misma manera, (si hay alguno presente) y después al pueblo también en orden, en sus manos, todos mansamente arrodillados. Y, cuando entregue el Pan a alguno, dirá,

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que fue entregado por ti, conserve tu cuerpo y tu alma para la vida eterna. Toma y come esto en memoria de que Cristo murió por ti, y aliméntate de él en tu corazón con fe y acción de gracias.

Y el ministro cuando entregue el cáliz al comulgante dirá,

La sangre de nuestro Señor Jesucristo, que fue derramada por ti, conserve tu cuerpo y tu alma para la vida eterna. Bebe esto en recuerdo de que la Sangre de Cristo fue derramada por ti, y sé agradecido.

Si el Pan o el Vino consagrados se agotan antes de que todos hayan comulgado, el Sacerdote consagrará más según la Forma antes prescrita: Comenzando en (Nuestro Salvador Cristo en la misma noche, y subsiguiente...) para la bendición del Pan; y en (Igualmente después de haber cenado, y subsiguiente...) para la bendición del Cáliz.

Cuando todos hayan comulgado, el Ministro volverá a la Mesa del Señor y colocará reverentemente sobre ella lo que queda de los Elementos consagrados, cubriéndolo con un paño de lino.

Entonces el Sacerdote dirá el Padre Nuestro, y el pueblo repetirá después de él cada una de las Peticiones.

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu Nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Y perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal: Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria, por los siglos de los siglos. *Amén.*

Después se dirá lo siguiente.

Oh Señor y Padre celestial, nosotros, tus humildes siervos, deseamos enteramente que tu paternal bondad acepte misericordiosamente este nuestro sacrificio de alabanza y suplicándote muy humildemente que nos concedas, por los méritos y la muerte de tu Hijo Jesucristo, y por la fe en su sangre, a nosotros y a toda tu Iglesia, la remisión de nuestros pecados y todos los demás beneficios de su pasión. Y aquí te ofrecemos y presentamos, oh Señor, a nosotros mismos, nuestras almas y cuerpos, para que sean un sacrificio razonable, santo y vivo para ti; suplicándote humildemente que todos los que participamos en esta santa Comunión

seamos colmados de tu gracia y bendición celestial. Y aunque seamos indignos, a causa de nuestros múltiples pecados, de ofrecerte cualquier sacrificio, te suplicamos que aceptes este nuestro obligado deber y servicio; no pesando nuestros méritos, sino perdonando nuestras ofensas, por Jesucristo nuestro Señor; por quien, y con quien, en la unidad del Espíritu Santo, todo el honor y la gloria sean para ti, oh Padre Todopoderoso, por los siglos de los siglos. Amén.

O esto.

Dios Todopoderoso y eterno, te agradecemos de todo corazón que te dignes alimentarnos, a quienes hemos recibido debidamente estos santos misterios, con el alimento espiritual del preciosísimo Cuerpo y Sangre de tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo; y nos aseguras con ello tu favor y bondad para con nosotros; y que somos miembros incorporados al cuerpo místico de tu Hijo, que es la bendita compañía de todo el pueblo fiel; y somos también herederos de la esperanza de tu reino eterno, por los méritos de la preciosísima muerte y pasión de tu querido Hijo. Y te suplicamos muy humildemente Padre celestial, que nos ayudes con tu gracia, para que podamos continuar en esa santa comunión, y hacer todas las buenas obras que nos has preparado para caminar; por Jesucristo nuestro Señor, a quien, contigo y el Espíritu Santo, sea todo el honor y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Luego se dirá o se cantará,

GLORIA a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu gran gloria, oh Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Todopoderoso. Oh Señor, Hijo unigénito Jesucristo; Oh Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra oración. Tú que estás sentado a la derecha de Dios Padre, ten piedad de nosotros. Porque sólo tú eres santo; sólo tú eres el Señor; sólo tú, oh Cristo, con el Espíritu Santo, eres altísimo en la gloria de Dios Padre. Amén.

Entonces el Sacerdote (o el Obispo si está presente) los dejará partir con esta Bendición.

La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestras mentes en el conocimiento y el amor de Dios y de su hijo Jesucristo, nuestro Señor: y la bendición de Dios Todopoderoso, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, esté con vosotros y permanezca siempre en vosotros. Amén.